

## LA VENUS ECONÓMICA Y LAS PROSTITUTAS PARLANTES

### Beatrice Busi

Si es cierto que la prostitución es el oficio más viejo del mundo, entonces el primero de mayo debería ser también la fiesta de los trabajadores y de las trabajadoras sexuales. Pero, bien mirado, desgraciadamente hay muy poco que festejar, y para darse cuenta batan unas pocas consideraciones.

Según los datos del proyecto TAMPEP -red europea que se ocupa de los derechos de las prostitutas migrantes y de la prevención del SIDA- la mayoría de quienes realizan trabajos sexuales en Europa son mujeres migrantes, llegando en algunos países a porcentajes del 80 %.

En los últimos años, la Fortaleza Europea ha blindado sus propias fronteras internas y externas mediante nuevas leyes sobre la inmigración, cada vez más reactivas: los hechos demuestran cómo la condena a la clandestinidad no es un obstáculo suficiente para impedir la circulación de las personas y cómo, con la complicidad de este tipo de gobiernos en Europa, el deseo de mejora de la calidad de vida que está detrás de los proyectos migratorios se ha transformado en una mercancía que beneficia a organizaciones criminales.

Desde los años 70, asistimos al crecimiento progresivo e imparable del protagonismo de las mujeres en los movimientos migratorios y podríamos casi decir que la industria del sexo se ha construido alrededor de este fenómeno: la prostitución es el peaje que las mujeres migrantes pagan para mejorar las condiciones económicas propias y de las familias que han dejado en su país de origen, y, muy a menudo, representa también la vía más rápida para pagar la deuda contraída con las organizaciones que de hecho controlan las fronteras de los estados.

En los discursos públicos, la ecuación prostitución-esclavitud tiene evidentemente una función mimética: frente a la retórica pari-oportunista y emancipacionista, las migrantes dan cuenta del hecho de que la división sexual del trabajo no se ha extinguido en absoluto y, más bien, a pesar de las luchas y conquistas del movimiento feminista, se han reforzado internacionalizándose y que el patriarcado, lejos de haber muerto o estar acabado, se ha "difundido".

Representar a las prostitutas migrantes tan sólo como víctimas inconscientes de la trata y el tráfico, como si fuese impensable que una mujer pudiera de verdad hacer la elección de prostituirse, no es sólo el fruto de una hipócrita moral católica, sino también de la voluntad política de esconder una realidad que afecta a todas las mujeres, también en las denominadas democracias avanzadas: una realidad hecha de desigualdades en el

acceso al mercado de trabajo, de diferencias de derechos y salrios.

La presencia de las mujeres en el mercado de trabajo es desde siempre precaria, móvil e intermitente, pero el progresivo dismantelamiento del Estado del Bienestar, que garantizaba la compatibilidad entre trabajo de reproducción gratuito en la esfera privada y trabajo reconocido como productivo en la esfera pública, está determinando períodos de permanencia en el desempleo cada vez más largos.

Las migrantes que buscan trabajo saben que no tienen frente a ellas perspectivas idílicas y muchísimas saben que tendrán que trabajar en la industria del sexo, pero esto no significa que se puedan imaginar en qué condiciones.

Desde luego, no es la naturaleza del trabajo sexual en sí mismo la que las sitúa en esas condiciones de explotación y dependencia, sino las legislaciones represivas en materia de inmigración y de prostitución que las condenan a la clandestinidad. Y es esta clandestinidad la que las expone a la violencia de las organizaciones criminales, de los clientes y de la misma policía y la que hace que les resulten prácticamente inaccesibles los servicios sanitarios, a lo que se añade la exclusión social debida a la estigmatización general de la prostitución.

Un estigma que refleja una doble moral: se calcula que sólo en Italia son nueve millones las personas que utilizan al menos una vez por semana los servicios sexuales de pago: seguramente, entre ellos se encuentren nuestros padres, maridos, hermanos, amigos y compañeros. Y, sin embargo, cuando se habla de prostitución, en cualquier contexto, parece que se trate de un fenómeno marginal, que implica a un número exiguo de mujeres y transexuales y que, por lo tanto, no nos afecta directamente.

El trabajo sexual, en cambio, afecta a todo el mundo de cerca y concierne en particular a las mujeres.

La proliferación del mercado del sexo obedece a las mismas leyes que cualquier otro sector económico, aun siendo informal, es decir, a las de la oferta y la demanda, y la existencia de una auténtica industria globalizada es una lente de aumento sobre lo conflictivo de las relaciones entre géneros.

Ya la misma posibilidad de una asociación lingüística entre "industria" y "sexo" nos señala el sometimiento a valor del imaginario sexual, del deseo y de la sexualidad en el modo de producción actual y representa el angustioso desmoronamiento de un núcleo duro inaprensible, de la erosión de la vida misma por parte del mercado.

Si pensamos que son cada vez más las migrantes que

desempeñan trabajos de cuidado y trabajos domésticos, que se trata del 76% del trabajo negro, privado por tanto de cualquier derecho, que estos trabajos a menudo asumen el carácter del trabajo servil y que el trabajo sexual tiene las mismas características, nos daremos cuenta de cuáles son los roles sociales de las mujeres en el civilizadísimo y democrático Occidente.

Llegados a este punto, la clásica distinción entre trabajo productivo y trabajo reproductivo se derrumba por completo, y más bien las transformaciones actuales de los modos de acumulación capitalista, hacen que la producción en general se parezca cada vez más al trabajo de reproducción.

O podríamos decir, con Walter Benjamin, que “cuanto más se acerca el trabajo a la prostitución, más se trata de describir la prostitución como trabajo”.

Tal vez, justo en este sentido, se pueda hablar de feminización del trabajo y de la producción.

Queda por delante la urgencia de mejorar las condiciones de vida de las y los *sex workers*: partiendo del presupuesto de que el principal enemigo para las y los migrantes son las leyes como la Bossi-Fini y que las políticas contra la trata son distintas a las políticas contra las prostitutas, es necesario oponerse a la criminalización del trabajo sexual, en la línea del proyecto de ley que pronto se discutirá en el Parlamento italiano o las normas, recientemente aprobadas en Francia, que afectan a los “comportamientos antisociales”.

En particular, es necesario construir un espacio público de discusión en el que los trabajadores y las trabajadoras sexuales sean reconocidos como sujetos políticos de pleno derecho.

Sí, porque las prostitutas también saben escribir y hablar, casi nunca quieren ser “salvadas” y, sobre todo, saben mejor que cualquier otro qué es el trabajo sexual y cuáles pueden ser las políticas más eficaces de intervención.